

Revista de libros

BENVENUTO TERRACINI. *Pagine e Appunti di Linguistica Storica*. Editorial Felice Le Monnier. Firenze, 1957. Vol. rústica, 303 págs.

Como "Signo concreto de reconocimiento, estima y afecto" al ilustre lingüista en sus 70 años, un comité de colegas italianos acaba de editar 17 trabajos éditos e inéditos de Benvenuto Terracini reunidos bajo el título de "PAGINE E APPUNTI DE LINGUISTICA STORICA".

Abre la colección un artículo sobre "Questiones de métodos en la lingüística histórica", donde Terracini demuestra cómo el rigor clásico y la corriente experimental han venido a "injertarse" una en otra de modo que su discordia aparente se resuelve en un desarrollo fecundo" (pág. 1). En apoyo de su tesis el autor recorre la historia de la lingüística esclareciendo conceptos fundamentales y delimitando el alcance de los métodos.

En el artículo siguiente, acerca del "Sustrato", se advierte en qué medida esta teoría se cuenta entre las más atractivas para la actual generación de estudiosos ligados a las corrientes tradicionales. ¿A qué se debe que la lingüística histórica la haya aceptado y la acepte invariable en sus bases etnoló-

gicas? —se pregunta Terracini. Y al responderse da cuenta de los progresos de esta teoría, y de las objeciones que le han sido opuestas, advirtiendo cómo las ha superado al influjo de los varios enfoques de la lingüística contemporánea. Establece entonces las condiciones cultural, histórica y geográfica de la lingüística, desde el concepto histórico-cultural de sustrato y superestrato y la idea de sustrato como adaptación y compenetración de sistemas, hasta la evolución de la comprobación geográfica y la importancia básica de la geografía lingüística.

Sigue un estudio sobre "La herencia indoeuropea y los sustratos mediterráneos" poniendo de manifiesto la labor conjunta de la filología, la lingüística y la historia de la cultura en la reconstrucción de una estructura uniforme y original. De la reconstrucción léxica se desprende la representación de las corrientes culturales entrevistadas, designadas con los nombres de egeo-anatólica, afro-ibero-sarda y tirrénica. El autor subraya de qué modo la teoría del sustrato se inserta en el complejo de

investigaciones denominado dialectología o estratigrafía o paleontología indoeuropea. "La hipótesis mediterránea surge en realidad... de un indicio cultural" (pág. 86) afirma Terracini. Continúan ejemplos de premisas culturales asumidas por diversos autores, para entrar luego en la consideración directa de las hipótesis migratorias, hasta fijar los puntos concretos aceptables: un continuo degradar de contactos y formas lingüísticas más o menos impregnadas de sustrato, y el carácter netamente periférico de la zona mediterránea respecto del centro de difusión indoeuropeo.

A continuación se reproduce un trabajo sobre toponomástica sarda que arroja conclusiones sobre las corrientes africanas y las que vinculan a Cerdeña con regiones orientales o septentrionales, y otro acerca de "Los estudios lingüísticos sobre la Cerdeña prerromana", en el que, destacando la actual tendencia individualizadora de la lingüística románica y la mediterraneidad excepcional de los elementos lingüísticos protosardos, se estudia el ámbito cultural de algunos de éstos y sus evoluciones semánticas, y la historia de la romanización y sus alcances.

Bajo el título de "Para la historia de las lenguas clásicas", se agrupan reseñas esclarecedoras a: *Dictionnaire étymologique de la langue latine* (París, 1932) de Ernout y Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque* (París, 1922) de Meillet, *Studien zur Syntax der Briefedes hl. Cyprian* (Nimega, 1936) de Schrijnen y Mohrmann, *Ety-mologisches Wörterbuch der unteritalienischen Gräzität* (Halle, 1930) de Gerhard Rohlfs. En "Sobre el verbo reflexivo y el problema de los orígenes

románicos" reseña el libro *Reflexive verbs: Latin, Old French, Modern French* (Baltimore, Londres, París, 1942) de A. Granville Hatcher. Con tales motivaciones Terracini realiza trabajos no menos fundamentadores que el resto de las *Pagine*.

El fecundo artículo siguiente sobre "El origen de la declinación romance" se ciñe al particular período africano de la historia del latín, y, a partir de algunos ejemplos, pone en claro características del sustrato en África que atañen a los destinos de la declinación; anota que "no debe aceptarse a la ligera que el uso de las preposiciones señale la primera etapa de la muerte de la declinación" (pág. 183); y formula preguntas para cuya respuesta se hace necesario "replantear sobre bases más concretas el problema de los orígenes de la declinación romance".

Va luego una nota sobre el carácter clásico del italiano literario observable desde el *prehumanismo* de Dante hasta el fin de la Edad Media.

En otro estudio sobre el sardo se investigan los rastros de latinidad y helenidad en sus documentos más antiguos.

"El dialecto piamontés" es motivo de exposición didáctica. Comienza caracterizando al turinés a partir de la semejanza y sobre todo de la diferencia con el italiano; se lo confronta con los otros dialectos piamonteses en su ubicación relativa, y se da por fin noticias históricas de la formación del dialecto piamontés.

Al mismo ámbito pertenece un estudio sobre "La lengua de las canciones populares piamontesas", en las que se observa la supervivencia del elemento

francés y la irrupción de la influencia italiana.

Cierran el tomo cinco investigaciones lingüísticas en la obra de Dante que han de permanecer como puntos de referencia forzosos para el estudio

tanto de la historia de la lengua como de la literatura italianas.

Tres índices concisos y una bibliografía compuesta por la sobrina del autor perfeccionan el volumen.

Carlos H. Albarracín Sarmiento

DOMINGO A. BRAVO: *El quichua santiagueño (Reducto idiomático argentino)*. Ed. Universidad de Tucumán. Instituto de Letras, publicación N° 2, 1956. Vol. rústica, 400 páginas.

Este enjundioso libro de Domingo A. Bravo realiza, junto con su *CANCIÓN QUICHUA DE SANTIAGO*, próximo a publicarse, "el estudio más completo hasta la fecha del habla de su tierra natal", como dice en el prólogo el profesor Clemente Hernando Balmori.

Bravo divide su obra en tres partes, presentando en la primera los problemas que surgen ante el estudio del quichua santiagueño; delimita bien claramente las zonas de Santiago del Estero en que se habla quichua actualmente y aquéllas en que este idioma ha dejado su huella en los topónimos aún existentes; busca cuidadosamente todos los puntos de apoyo que puedan ayudarlo a demostrar su tesis de que el quichua ingresó en Santiago con la conquista española, enraizándose por obra de los misioneros principalmente. Es muy interesante cómo va descartando sistemáticamente todos aquellos indicios que podrían indicar que Santiago fué una provincia incaica: la falta de vocablos quichuas observada en los documentos de la época de la Conquista que mencionan lugares, costumbres, nombres, etc.; la religión santiagueña, en la que faltan las notas características de la incaica, lo mismo que faltan puntos de contacto

en las costumbres, usos, y en la misma organización de gobierno santiagueño que no supió nunca el cacicazgo; el signo racial del ojo, que, hallado en las representaciones de la divinidad antropo-órmito-olídica, siempre está en posición horizontal o es de forma redonda, mientras que las representaciones peruanas o del noroeste argentino muestran siempre los ojos de forma almendrada y en posición oblicua.

Luego pasa el autor a marcar las influencias de otras culturas, como las tribus paranaenses y pampeanas, chaqueñas, amazónicas y andinas, mucho más fuertes que la incaica, que llegó indirectamente y en forma muy superficial. Señala la población de la provincia antes de la Conquista y las lenguas habladas por cada tribu: sanavirona, vilela-chulupí, comechingona, jurí, indamás, chiriguano, toba, aimará, para llegar a marcar el quichua como la tercer lengua generalizada en Santiago, luego de la cacán y la tonocoté, pero sólo después de la entrada de los españoles, y por ellos extendida.

La segunda parte es una gramática del quichua santiagueño, un estudio sencillo y que se desearía más completo y con mayor rigor. Ejemplifica y aclara lo expuesto, con algunos ejerci-

cios prácticos, hechos sobre trozos pertenecientes al folklore santiaguense, y sobre dichos típicos.

Termina el libro con un diccionario quichua-español, muy amplio, cuidadosamente expuesto y bien informativo; con ejemplos muy claros, muchos de ellos pertenecientes a la toponimia de la provincia, y bien marcado el origen e influencias de otras lenguas que pueden notarse en cada vocablo. Es de destacar muy especialmente este enorme esfuerzo realizado por Bravo, que ha conseguido reunir 3500 palabras, además de unos 500 topónimos, de una lengua tan elemental y pobre como es el quichua santiaguense. Cum-

ple así una tarea valiosísima dentro de los estudios lingüísticos de nuestro país.

En resumen: un libro que, naciendo con el deseo de llenar el gran vacío que representaba la falta de un estudio bien completo y exclusivo de un idioma que aún pervive y es hablado por un número muy elevado de habitantes santiaguenses, abre interesantes panoramas en el estudio de este "reducto idiomático argentino", como le llama su autor, y cumple ampliamente su propósito, con claridad, sencillez y madura seriedad.

Nelly Esther Laborde

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Colección Argirópolis. Librería y Editorial Uruguay. Buenos Aires, 1957. Volumen rústica, 205 páginas.

A nueve años de la primera edición, presentada por la Cultural Española, se reimprime este imprescindible estudio de Rafael Alberto Arrieta, matizada síntesis de la historia de nuestra literatura. Un párrafo de la *Introducción* señala los claros lineamientos del trabajo: "Hoy sabemos que América fué la prolongación de España; hoy se nos demuestra que España puso a América en contacto con la civilización europea poco después de iniciada la conquista, y que las vicisitudes de la cultura indiana en tres siglos de coloniaje fueron casi las mismas que experimentara la española en su proceso simultáneo. Nos enseñó lo que sabía; nos dió lo que tenía, empezando por su hermosa lengua y su gran literatura" (pág. 8). Cuatro grandes apartados —*El neoclasicismo*, *El romanticismo*,

La transición y El modernismo— señalan, desde la última década virreinal hasta los años inmediatos posteriores a 1910, la suma de aproximaciones y de diferencias con que los literatos argentinos interpretaron a España, y por su intermedio al pensamiento europeo ahormado ya en moldes hispánicos. Con la equilibrada elegancia de su estilo, Arrieta puntualiza fechas, nombres y conclusiones, sin alardes de erudición, animado el panorama con la intensidad de una historia viva, que varía bajo el sabio interés del investigador. De ahí que su libro nos dé mucho más de lo prometido en el título y al mismo tiempo nos sugiera imprescindibles aclaraciones sobre módulos de nuestra cultura.

De los datos aportados por Arrieta y por otros historiadores, surge un dual

concepto de España, que convendría analizar en todas sus consecuencias. Para ello, conviene señalar algunas modalidades argentinas y divergentes direcciones peninsulares. Hasta en las décadas de mayor hispanofobia, en los años inmediatos a 1810 y en los de la proscripción rosista, nuestros escritores invocan consecuentemente ciertos modelos españoles: Vieytes, Moreno y Belgiano recuerdan a ideólogos y economistas de la era de Carlos III; Alberdi y Sarmiento, entre otros, se muestran consecuentes lectores de Larra; los poetas de la independencia y de la proscripción emplean temas y retóricas de los versificadores españoles del Siglo de las luces y de la resistencia contra Napoleón; lo mismo ocurre en nuestra pobre dramática del siglo pasado. Con mayor o menor conciencia, el discípulo de tales americanos señala una dualidad del pensamiento español, ya impuesto en los años del renacimiento.

Unas sugestivas consideraciones de Joaquín Xirau, sintetizadas por Juan Hernández Luna (CUADERNOS AMERICANOS, V, 4, México, julio-agosto 1946, págs. 139-145) distinguen en la Europa de los siglos XIV, XV y XVI una corriente humanista fundamentalmente española, que busca "una fórmula espiritual que armonice las conquistas de la nueva libertad con los preceptos del Evangelio; los progresos y avances de la civilización con la tradición cristiana"; son los lectores de Erasmo y de Tomás Moro. Luis Vives, Francisco de Vitoria, Juan de Valdés y otros inician decididamente esta ideología, que se extiende desde los años de los Reyes Católicos hasta el retiro de Carlos V en Yuste; principios trasladados a América por colonizadores como Vasco de

Quiroga, Bartolomé de las Casas y el Arzobispo Zumárraga. Es la categórica afirmación de "los principios de libertad humana, justicia, derecho, democracia y unidad de todos los pueblos del planeta"; actitud rechazada por el Imperio de Felipe II y la Contrarreforma, que proclaman una doctrina rígida y racional, "casi matemática", impuesta por el Concilio de Trento y vigilada por la Compañía de Jesús.

Tal balanceo entre democracia y represión dogmática, parece haberse convertido en una constante del pensamiento español, variable según las oscilaciones de su política interna y exterior. De ahí la adhesión de los libertadores americanos a esa corriente humanística que se originó en el primer imperio; línea que se debilita y rechaza cuando en nuestras repúblicas se impone el excluyente nacionalismo que busca como agresiva fuente de inspiración los motivos del imperio de Felipe II. Rasgos que van variando matizadamente en el desarrollo de nuestra literatura, ya que algunos escritores son reverenciados de acuerdo a definidas actitudes políticas —tales serían Cervantes frente a Quevedo en la novela, Garcilaso frente a Góngora en la poesía, Lope frente a Calderón en el teatro—, y su culto prospera en ciertas épocas, como se afianza y prolonga en ciertas regiones. La comunidad espiritual hispánica, de la Península y del Nuevo Mundo, se mueve entre tales avatares, que solicitan una ordenada aportación de datos y un seguro deslinde de conclusiones.

Entre tantos temas que sugiere el libro de Arrieta, éste es uno de los más incitantes y de mayores perspectivas, ya que supera el campo de lo literario

para extenderse a lo social y lo político. La tarea de los maestros de la crítica ha sido siempre de aclaración y de incitación; en toda la obra de Arrieta se conjugan armoniosamente estos va-

lores. Su reconocimiento es el mejor homenaje de quien mucho ha aprendido en sus estudios sobre nuestro pasado.

Juan Carlos Ghiano

ALFREDO D. CALCAGNO y ALFREDO ERIC CALCAGNO: *Educación Democrática* (segundo curso). Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1957. Volumen rústica, 282 páginas.

“La democracia es eminentemente diálogo, intercambio de opiniones, tolerancia; rechaza todo sectarismo, toda pretensión de señalar a unos como poseedores de la verdad absoluta...” Definiciones de esta naturaleza, claras y aleccionadoras, campean en las ejemplares páginas del libro EDUCACIÓN DEMOCRÁTICA de Alfredo y Eric Calcagno. Escrito “ad uso” del ciclo básico de las escuelas medias y, más precisamente, para el segundo curso, excede los límites impuestos por el programa de la asignatura, para transformarse en un verdadero breviario de las ideas democráticas. Si bien dirigido a los jóvenes, que *reclaman palabras de verdad*, su lectura es aconsejable para quienes deseen conocer, a través de una prieta y clara introducción, las ideas político-sociales que hacen a la esencia de la democracia. También debe ser leído por aquéllos que hayan perdido su fe cívica —transitoriamente o no—, su confianza en la república representativa. Particularmente vivo es, así, el capítulo referente a la vida de la democracia y a la radiografía de la tiranía. Ambos “estilos de vida” se contraponen allí, y de tal suerte surgen claramente las virtudes esenciales del hombre y del ciudadano. Las normas de austeridad, veracidad, lealtad,

tolerancia, espíritu de trabajo, perseverancia, fraternidad, patriotismo, abnegación, son anotadas por los autores, dando como corolario que sin ellas la convivencia en la república no es posible. Y el acento se dirige a las fuerzas morales, tan vilipendiadas por los regímenes totalitarios, por aquéllos gobiernos que proclaman la inidoneidad de los medios para el logro de fines aparentemente válidos. Pero medios y fines deben adecuarse dentro de la ética. Los medios deben resultar idóneos para el logro de elevados fines. El olvido de esta sencilla norma, la inadecuada aplicación de ciertos principios atribuidos erróneamente al famoso secretario florentino, han dado como resultado el logro de ilegítimos fines, ya que ellos se han logrado a través de medios igualmente deleznales. La “ars política” tiene que ser esencialmente ética. Por lo tanto, resultan aleccionadores los capítulos de este libro que hacen continua referencia a este motivo central. La “educación democrática” sólo así puede ser estudiada. Nuevos materiales nutren esta asignatura, que puede ser dictada únicamente por aquéllos que sientan la democracia como un “deber”, como la fundamentación de rigurosas normas morales, así como en su momento sin-

tió Mazzini a la República. La democracia, para ser tal, debe vivirse en plenitud y sus virtudes sentirse como norma de vida esencial. Hay que vivir por y para la democracia, y de tal suerte en esta materia no caben los subterfugios. De allí las dificultades para enseñarla. Su incorporación a los programas oficiales desató una polémica, en la cual ambas partes esgrimieron poderosas razones. Porque si bien la democracia debe ser vivida, sentirse en las venas como incorporada a nuestra propia sangre, es bueno tener presente que durante años existió un intento de reducirla a mezquinos límites y esa campaña sistemática pudo lograr, en parte por lo menos, sus objetivos. Se produjo, así, un profundo descreimiento. Los jóvenes no pudieron, por años, creer en sus maestros; pensaron, acaso, que las ideas sustentadoras de nuestro estilo de vida habían cumplido su ciclo y de ellas sólo quedaba el recuerdo, a través, quizás, de envejecidos espíritus. Hubo, entonces, que inyectar a las ideas fundamentales de nuestro ser, nueva vida; imponerlas con fe, renovarlas; hacerlas ver en primer plano, aunque sin exageraciones, demostrar los beneficios de la libertad. Pero esos principios —libertad y democracia— debían ser completados con el principio de justicia. Porque no hay justicia sin libertad, y viceversa. Por eso en este libro los autores han incorporado los temas fundamentales que sustentan a una democracia social y han consignado, entre otros, un hecho importantísimo en el mundo contemporáneo: la revolución antiimperialista. Después de anotar los tipos de imperialismo (político, económico, ideológico) salen resueltamente al paso, en afán escla-

recedor, enseñando a los jóvenes: “el afán de liberación no sólo se funda en el anhelo democrático de afianzar los derechos humanos y asegurar a cada pueblo el amparo de un Estado nacional independiente. Además, es una de las medidas indispensables para elevar el nivel de vida” (pág. 214). Es decir, que esta revolución antiimperialista constituye uno de los aspectos *más complejos, dolorosos y cruentos de la conquista de la libertad, y tiende a la absoluta liberación de los hombres y de los pueblos.*

Afirman los autores el sentido civil de la democracia y la “lucha por la democracia”, que no es “un fruto del azar”, sino el resultado de una “lucha larga, cruenta y muchas veces heroica”. Así, en efecto, debe considerarse la. Hay que inculcar en los jóvenes, como lo hacen los autores, ese sentido de lucha. La conquista de la democracia no habrá de realizarse a través de un muelle vivir, sino de una constante afirmación de los más altos valores humanos. Y los autores anotan, con acierto, que la política no puede ser considerada mala palabra. Muy al contrario, a través de la política, de la vida política (en el mejor sentido, como gobierno de la “polis”: *ars y scientia*) se afimarán esos valores, alejando de las mentes juveniles el “apoliticismo” que conduce a un cómodo vivir sin problemas sustanciales, la adecuación a las circunstancias y en algunos casos a la posición de francotirador.

“Los maestros lo son en la medida en que conquistan con su saber, con su virtud y sobre todo con su lealtad a los grandes principios, la confianza y admiración de los jóvenes”. Estas palabras del viejo maestro, ex Presidente

de la Universidad de La Plata, del profesor, pedagogo y actual Guardasellos, son definitorias. Y también señalan su propia trayectoria de sincero

y fervoroso demócrata, de fiel vigía de los altos valores humanos, en libertad.

Alfredo Galletti

RISIERI FRONDIZI: *El punto de partida del filósofo* (2ª edición). Biblioteca Filosófica. Ed. Losada, Bs. Aires, 1957, 156 págs.

Sumamente oportuna resulta la reedición de esta obra, por su importancia capital en el ámbito de los estudios filosóficos y por ser exponente categórico de la alta jerarquía y originalidad de pensamiento alcanzados en nuestro país. La obra se presenta ahora corregida y aumentada con un apéndice que lleva el título de "*El problema de la autoobservación y la fenomenología de Husserl*".

El objeto del libro, según lo expresa el propio autor, es "volver la mirada a la raíz misma de la filosofía. En primer término para desentrañar su naturaleza. Y para averiguar, en segundo lugar, en qué consiste y cuál debe ser su punto de partida". En procura de tales fines, comienza por distinguir dos tradicionales concepciones de la filosofía: la "poético-religiosa", que interpreta la actividad filosófica como pura expresión del espíritu —semejante al arte por su poder de creación— y la "científica", que pone el acento en el aspecto puramente cognoscitivo, apoyando métodos de investigación similares a los utilizados por las ciencias de la naturaleza. En este punto hay un prolijo análisis de la posición extrema sustentada por algunos representantes del empirismo lógico, quienes pretenden negar todo sentido a las proposiciones metafísicas, con el argumento de que éstas no pueden ser verificadas.

Critica el autor este punto de vista, mediante un hábil planteo, de rigor objetivo con el que llega a aplicar, en contra de las citadas aseveraciones de los empiristas lógicos, el propio principio de verificabilidad utilizado por éstos, de quienes puede decirse que "filosofan sin tener conciencia de que lo están haciendo".

Enfrenta luego directamente el problema del "punto de partida", señalándolo como el primero con que tropieza el filósofo, en su búsqueda de la verdad, cuando ha dejado atrás todo prejuicio. Unas breves, pero enjundiosas consideraciones acerca del "cogito, ergo sum" cartesiano, le sirven de introducción a un más detallado análisis crítico del pensamiento de Husserl, valorando aquí positivamente el esfuerzo que éste representa, pero señalando su error en el hecho de haber considerado a la fenomenología como un camino definitivo que arranca de un "punto de partida" *absoluto*.

Una vez puestas en claro todas las acotaciones preliminares referidas, comienza R. Frondizi la exposición de su propia tesis, que abarca la segunda mitad del libro, y en la que revela una vez más sus reconocidas condiciones de pensador original. Dicha tesis consiste —enfocada muy sintéticamente— en la afirmación de que la *experiencia humana total* constituye la rea-

lidad primaria de la cual debe partir el filósofo y a la cual debe referir todos sus esquemas conceptuales. Tal experiencia incluye tanto la experiencia sensorial como la emotiva, la científica como la religiosa, la estética como la política. La filosofía no es otra cosa que la teoría de esta experiencia total, lo que implica, como condición sine qua non del filosofar, un profundo y prolongado contacto con la vida misma. En la experiencia así entendida distingue el autor tres elementos primordiales: el yo, la actividad del yo y el objeto de tal actividad, elementos que pueden señalarse en cualquier tipo de experiencia humana, y que lejos de destruir la unidad de la misma, se presentan, precisamente, como miembros de una estructura indivisible. La distinción es meramente conceptual, y tiene como fin facilitar la

comprensión de la complejidad de la experiencia. Lo que caracteriza a cada uno de estos elementos es el hecho de que jamás se dan aislados de los dos restantes, y toda pretensión de percibirlos aisladamente no pasa de ser una vana abstracción.

El apéndice que enriquece esta segunda edición de la obra, es una aguda crítica a la *percepción inmanente* de Husserl, señalando algunas ambigüedades y ciertas confusiones entre los planos ontológico y gnoseológico, para evitar las cuales "conviene tener siempre presentes las funciones de la razón y el fin de la teoría frente a la realidad". La razón interpreta, y no crea. Por lo tanto es preciso no buscar que la realidad se ajuste a un sistema sino, a la inversa, "ajustar el esquema conceptual a la naturaleza de la realidad".

Ricardo Maliandi

H. H. PRICE: *Hume's theory of external world*. Oxford Ap. The Clarendon Press (2ª edición). Volumen encuadernado. 231 páginas.

Puede considerarse como una prueba de la grandeza de un filósofo, su permanente capacidad, a lo largo del decurso histórico, para sugerir diferentes soluciones a los problemas por él planteados y suscitar novedosas interpretaciones acerca de su obra. Por ello, los considerados clásicos de la filosofía mantienen constante actualidad. Sin duda, el Hume de Price se distancia mucho del que habitualmente se presenta en las Historias de la filosofía. Quizá sea más adecuado decir que, a través del perspicaz análisis de Price, se complementa y en parte se corrige la tradicional interpretación de la obra

del gran escocés. Análisis realizado al modo filosófico, estrictamente filosófico, conforme al espíritu en que comúnmente son estudiadas las obras de Kant. Toda la teoría del conocimiento de Hume examinada en la obra de Price a la luz de los problemas expuestos en la "parte cuarta" del TRATADO DE LA NATURALEZA HUMANA, en especial en su "sección segunda", *Del escepticismo con respecto a los sentidos*, "una de las más brillantes y más originales partes del TRATADO. En opinión de Price, si al escribir su INVESTIGACIÓN, Hume hubiera tenido presente esta parte del TRATADO, acaso

hubiese reelaborado su teoría de la causalidad a la luz de sus teorías de la percepción y del mundo exterior, evitando así permanecer, escéptico y desesperanzado —desesperado, dice Price—, en el callejón sin salida en que desemboca su Teoría del Conocimiento. Y, el alto valor intrínseco de la obra de Hume, que tan decisivamente influyó sobre Kant, hizo que éste lo cubriera con la sombra de su gran figura. Y así, de este modo, casi siempre se conoce a Hume —más precisamente, su teoría de la causalidad— a través de Kant, que dejó en la sombra su teoría de la percepción y del mundo exterior.

No obstante lo cual, los propios errores de Hume —insuficiente elaboración de algunos temas importantes de su pensamiento filosófico y su constante adhesión a los postulados empiristas— embarazan e impiden posibles soluciones diferentes a los problemas que afronta. Por ejemplo, Price señala, como fallas principales en la filosofía de Hume: el erróneo planteo del principio empirista, su defectuosa teoría de las ideas abstractas, su insatisfactoria teoría de la memoria y su poco consistente teoría de la identidad personal y del yo. Balance crítico que le permite intentar una más estricta y ajustada solución a lo que considera el verdadero núcleo de la concepción de Hume en este problema; la “oposición directa y total entre nuestra razón y nuestros sentidos. . . , entre las conclusiones de causa a efecto y aquéllas que nos persuaden de la existencia continua e independiente de los cuerpos”. Intento de solución que ha de realizarse llevando a sus últimas consecuencias todo lo implícito en sus principios y postulados. Y conforme a esta finalidad,

expone otras tentativas contemporáneas análogas. Es decir, ensayo de superación dentro de la misma línea de pensamiento de Hume, críticamente depurado.

La opinión de Price es que, así considerada, la conclusión de Hume sólo en apariencia es puramente destructiva; que, de haber prestado mayor atención a alguno de los principios filosóficos que planteó, pero que desarrolló insuficientemente o en forma inapropiada, su filosofía mostraría los sesgos positivos y constructivos de los que carece, en definitiva. Y, especialmente, que entonces podría advertirse claramente que se halla mucho más próximo de lo que habitualmente se cree, de los planteos kantianos, fundamentalmente con respecto al papel de la imaginación y a la teoría acerca del mundo fenoménico. Del mismo modo, el parentesco con ciertas tendencias positivas contemporáneas, es indudable, a juicio de Price.

Sin embargo, es posible que en la mente del lector atento, acaso permanezca muy viva la duda acerca de la posibilidad de arribar a otras conclusiones que las expuestas por el mismo Hume, si se mantienen intactos sus postulados empiristas, a los que se mantuvo invariablemente fiel. Duda que no alcanza a empañar el real y muy positivo mérito de la obra de Price, que constituye una punzante incitación a la lectura atenta y la meditación de Hume, en especial su frecuentemente olvidado TRATADO. Y se volverá a comprobar que continúa siendo siempre el eficaz antídoto contra todo “sueño dogmático”.

Segundo A. Tri

JUAN MANTOVANI: *La Crisis de la Educación*. Editorial Columba. Colección Esquemas. Buenos Aires, 1957. Volumen rústica, 76 págs.

En este nuevo volumen que se publica en las pulcras ediciones de la colección "Esquemas" de Columba, el autor de EDUCACIÓN Y PLENITUD HUMANA replantea el problema de la crisis de la educación, problema que lo ha preocupado en su larga y fecunda labor de investigador y de educador.

Aunque no la desarrolla en este libro, Mantovani sustenta implícitamente en toda su obra, la tesis de que *la educación, en cierto modo, está siempre en crisis, porque necesita de una continua revisión y reconstrucción*, si quiere ser un factor para el progreso social e individual. A una realidad siempre cambiante, agitada por transformaciones radicales, acosada por un ansia febril de progreso, no puede corresponderle un tipo de educación estática y retórica, volcada sobre viejos cánones de una realidad social ya extinguida.

La educación no es un fenómeno aislado ni independiente de la vida social; por el contrario, la integra tan íntimamente y está tan imbricada en ella, que cualquier alteración, cualquier transformación que ocurra en la sociedad se proyecta inmediatamente sobre la educación, exigiéndole una acomodación a las situaciones nuevas. En la primera mitad del presente siglo, sobre todo en las décadas recientes, se han producido cambios profundos y rápidos en el orden social, económico y cultural: el impetuoso avance de la técnica, el maravilloso progreso científico, las transformaciones políticas y

económicas han determinado cambios radicales en la mentalidad del hombre y en la vida espiritual de la sociedad. La acción educativa ha permanecido insensible a estas profundas modificaciones, ha quedado divorciada de esta fluctuante realidad, como si hubiera perdido el rumbo, desorientada en una sobrevivencia puramente formal, sin contenido y sin finalidad.

El profesor Mantovani, en síntesis muy prieta, encuadra la crisis actual de la educación en la crisis total de la sociedad contemporánea, cuyos factores determinantes examina rápidamente, y subraya cómo el fuerte predominio de lo técnico ha engendrado un tipo humano de deficiente formación cultural, en el que la integración armónica del propio ser —ideal educativo de todos los tiempos— se subordina a la formación de aptitudes parciales con vistas al dominio de la naturaleza. *No se educa al hombre en su totalidad: sólo se educan fragmentos del hombre. Y así se siente, cada vez más imperiosamente, la necesidad de una integración amplia y profunda que convierta al proceso educativo en una influencia sobre la totalidad del ser espiritual en su faz social e individual.*

Pero es difícil emprender esta tarea de reconstrucción educacional, si no se establecen previamente los nuevos valores que han de suplantarse a los valores tradicionales ya apostados e inactuales. ¿Cuáles son los ideales y el contenido de la nueva educación? Pues, efectivamente, la educación contempo-

ránea está desprovista de principios filosóficos tanto en el orden teórico como en el práctico. *No se sabe con certeza qué es una buena educación, si la que prepara destrezas útiles, la que forma personalidades con libertad o la que capacita para los rápidos cambios de la sociedad actual.*

Afirma Mantovani, a renglón seguido, que la *reconstrucción de la filosofía educativa reclama hoy una acentuación social en los fines y en los medios*, es decir que tiende a formar un hombre cada vez más ligado a instancias sobreindividuales y comprometido en un orden de valores en el que se destaquen los de carácter ético.

Es éste, a nuestro juicio, el pensamiento fundamental de la obra del profesor Mantovani, que enriquece con sucesivas aportaciones, pero al que no le da el amplio desarrollo que requiere, seguramente, porque no lo permite la naturaleza y el carácter del pequeño volumen. El desarrollo amplio y completo de ese pensamiento, será una de las más valiosas contribuciones que pueda prestar el eminente educador, a la superación de esta crisis y al renacimiento educacional de nuestro país.

Oberdan Caletti

FREDRICK H. JUNGEMANN: *La teoría del sustrato y los dialectos hispanorromances y gascones*. Traducción de E. Alarcos Llorach. Editorial Gredos, Madrid, 1955. Volumen rústica de 454 páginas.

Se ocupa esencialmente de sus aspectos fonéticos en sentido histórico (o: diacrónico), y los procura resolver en dirección estructural (esto es, fonológica), después de reseñar y analizar los trabajos anteriores al respecto.

Separa cada uno de los aspectos tratados, en un capítulo exhaustivo, sumando en total dieciséis, y les agrega uno último (XVII) "Conclusiones", y abundante bibliografía como corolario.

En el prólogo justifica las formas y puntos de vista de su trabajo, en el que se coloca como discípulo directo de A. Martinet, A. G. Haudricourt, y A. G. Juilland. Su forma originaria constituía su tesis para el doctorado en la Universidad de Columbia, aceptada en noviembre de 1952.

Después de exponer listas explicati-

vas de abreviaturas y de signos fonéticos, y una aclaración de terminología, comienza con una definición de la "teoría del sustrato". Desarrolla antecedentes históricos, y tras señalar casos de sustitución de sonidos, como el del irlandés t, d (oclusivas dentales, como las del castellano) por las th inglesas (continuas interdentes sorda y sonora, como la z, ce del castellano de Castilla), debido a que el irlandés actual carece de tales articulaciones. Como considera que el principal factor de mantenimiento o de transformación de fonemas, es la relativa necesidad de diferenciación (*b*eso ante *p*eso, *m*asa ante *m*esa, etc.), procura en el primer capítulo demostrar la necesidad de encuadrar todo fenómeno dentro de explicaciones estructuralistas.

En el cap. II (desde pág. 34) trata extensamente acerca de los residuos que se pueden inducir de pueblos prerromanos, en especial de los vascos, y la debatida cuestión de los íberos. Lo finaliza con una referencia general a datos protohistóricos sobre pueblos indoeuropeos de varias regiones de España.

Complementa esas referencias protohistóricas, con una síntesis de los datos históricos sobre el proceso de romanización de la Península, añadiendo los factores germánico y árabe. Desde la pág. 64 agrega consideraciones sobre la romanización de Gascuña (la antigua Aquitania).

Desde el capítulo IV (pág. 68) se dedica a aislar cada problema fonético histórico: primeramente la *s* apical, o alveolar. Crea una subdivisión que repetirá en los demás capítulos: Primero, determinación geográfica del fenómeno, luego: descripción fonética, en seguida las inducciones históricas sobre su antigüedad. Seguidamente, la reconstrucción de su estado probable en latín. (En este problema cita a A. Martinet, *Word*, VII, 1951, 91-92, quien señala la posibilidad de que la *s* alveolar haya sido el fonema normal protoindoeuropeo, y aun se haya continuado hasta el latín, produciendo las condiciones favorables al "rotacismo". F. Jungemann induce continuidad de esa *s* alveolar, hasta el romance pirenaico, etc.). En la subdivisión siguiente se ocupa de la *s* vasca, y su alternancia con palatales, y su última subdivisión descriptiva es la reseña de todas las hipótesis emitidas sobre este problema. Sigue una crítica, y luego su explicación estructural que, en este caso, es negación de "sustratos", inducción de continuidad desde el latín; re-

lación de su historia con la de la *x* (por oposición fonológica) y suposición de "sustrato" arábigo para la *s* posdental del sur de España, y en general de América.

En el cap. V (pág. 102) trata acerca de la nasalización en portugués, gallego y gascón. Subdivide como en el ejemplo anterior, citando desde el principio la existencia de ese fenómeno en inglés y sus características, y en sus conclusiones (pág. 130) niega la posibilidad de sustrato, y procura diferenciar el fenómeno en portugués, del que acontece en gallego y gascón. Atribuye a la pérdida de *-n-* intervocálica el génesis de este proceso, y lo considera parte de un proceso general de "lenición", que podría haber comenzado por influencia céltica. En el caso del portugués, considera que es parte de un proceso de pérdida de consonantes en final de sílaba.

En el cap. VI (pág. 132) trata acerca de la sonorización de *-p-*, *-t-*, *-k-* (intervocálicas). Como conclusiones (pág. 152), induce su comienzo desde lenguas célticas, agregando varios detalles que debilitan tal hipótesis. E induce finalmente que sería una "lenición" condicionada por oposición a la articulación de *pp*, *tt*, *kk*, latinas.

En el cap. VII (pág. 153) se dedica extensamente a las resultantes palatales de líquidas y nasales, incluyendo aquí la cuestión de las cacuminales pirenaicas y del sur de Italia. Procura, en un cuadro generalizador, demostrar que son resultados de un proceso que resume bajo el mismo título: "lenición", como en el ejemplo anterior. Agrega un esquema de los estados consonánticos célticos primitivos, procurando relacionarlos con estos procesos,

y concluye que lo irregular del castellano (resultados l- y n-, iniciales, cuando debía hallarse, según su cuadro: *l- y *n- (ll y ñ) se debería a influjo vascuence.

En el cap. VIII (pág. 190), vuelve sobre el problema de -n- (intervocálica), y allí agrega su inducción de la no relación de su pérdida en vasco, con los fenómenos similares romances.

El cap. IX (pág. 205) trata acerca del cambio kt hacia it, al que agrega ks > is, y casos similares; luego de una detallada exposición de datos e hipótesis, concluye suponiendo sea un aspecto de la reducción general de grupos consonánticos internos (como OC(U)LU > olo, ojo; TEG(U)LA > ital, tegghia y teglia, etc.). Pero aquí admite la posibilidad de una influencia céltica directa (añadiendo sin embargo sus dificultades históricogeográficas). Agrega que el fonema ch de varios dialectos (en: leche, por leite, etc.), está encuadrado perfectamente en el "esquema fonológico" de los mismos. Aunque no lo expresa, parece inducir de ello que no es necesario explicación "sustratista" alguna para su formación.

El cap. X trata acerca de la conservación de -p-, -t-, -k- (internas), en regiones bearnesas y aragonesas, apoyando la idea de que es una conservación influida por el vasco. E induce como otro factor, la carencia de "sustrato" céltico en esas regiones.

En el cap. XI (p. 244), se refiere a los cambios mb hacia m, nd hacia n, procurando demostrar que son todos aspectos de la simple debilitación de oclusivas tras sonantes, y duda de un

posible sustrato vasco, tomando especialmente en consideración la carencia de tal fenómeno en suletino, y otros aspectos históricos.

El cap. XII está dedicado a la aprotética ante r (Arramón, Arredondo, etc.), y lo subdivide en: reforzamiento de r en rr, explicable por la oposición fuertes-lenes, del romance occidental, y la prótesis vocálica, que sería de "sustrato" vascuence.

En el cap. XIII (p. 288) trata acerca de las vocales castellanas, y los problemas de su fijeza y de su semejanza con las del vasco, a lo que concluye que sólo son coincidencias debidas a la acentuación poco dinámica de ambas lenguas.

En el cap. XIV se refiere al ensordecimiento de las sibilantes sonoras castellanas, concluyendo que los factores estructurales no son suficientes, por lo que induce como causa el bilingüismo vasco-castellano; y su existencia en otros dialectos hispánicos la atribuye a influjo castellano (superestrato).

En el capítulo XV se refiere a la confluencia de V y B, la cual explica del mismo modo que el fenómeno anterior.

Finalmente, en el cap. XVI (pág. 362), trata acerca de la sustitución de f por h. Concluye relacionándola con la confluencia B-V, sin negar totalmente el influjo posible vascuence. En sus conclusiones (cap. XVII y último), detalla el mecanismo de sus hipótesis, y las razones por las que cree justificada la aplicación de métodos estructuralistas.

Salvador Costa